

El Entreacto.

PERIODICO DE TEATROS,

LITERATURA, ARTES Y MODAS.

CIRCO OLIMPICO.

Sin meternos, como algun colega científico, á deslindar la verdadera significacion del nombre con que al público se ha anunciado la profesion de Auriol, porque somos capitales enemigos de toda cuestion de nombre y porque calculamos que los idiomas están ya demasiado perfeccionados segun unos, ó demasiado echados á perder segun otros, para que las palabras signifiquen todo lo que se quiera sin atender á raiz alguna ni á intencion imitativa de ninguna especie; debemos señalar y esto es lo verdaderamente interesante que el citado *clown* ó *clono* ó *payaso* ó lo que se pretenda, es un hombre maravilloso por su fuerza, por su agilidad, por su destreza y por su arrojo. Bien inspirado anduvo por cierto el director del Circo al contratarlo y el afan con que vemos al público precipitarse á verlo, presagia indudablemente una coleccion de funciones divertidas para los concurrentes y fructuosas para la compañía.

En realidad es Auriol una notabilidad en su género y de nosotros podemos decir que no obstante las ponderaciones con que nos habian celebrado su habilidad, que como se sabe causan generalmente el efecto de perjudicar á la realidad, quedamos verdaderamente sorprendidos y unimos sinceramente nuestros aplausos á los de la concurrencia que los prodigio estrepitosos.

Teatros.

I PURITANI, en el de la Cruz. —Funcion por convite á S. M. en el del Príncipe.

Triste situacion es la nuestra por cierto al tener que dar cuenta de la funcion lírica que indicamos mas arriba. Muchas veces en los acontecimientos de la vida que con frialdad nos ha sido dado analizar, en las disputas y contiendas de todo género nos hemos sorprendido á nosotros mismos quitando la razon á todos los contrincantes y declarándonos en individual y

si se quiere ridícula minoría contra Tirios y Troyanos. Pero casi siempre hemos podido eludir la manifestacion de nuestro modo de pensar que á nosotros mismos nos ponía miedo. Respecto á la reproduccion hecha ahora de *I Puritani* nos llamamos en idéntico caso; y obligados á dar cuenta de su exito deploramos nuestro original modo de ver las cosas y consideramos triste nuestra situacion. Mas ya que no hay remedio; paciencia y adelante.

Díjonos el cartel que *doña Carlota Villó* confiando en la proverbial benevolencia etc. etc. se presentaba á desempeñar la parte de *Elvira*. Muy confiada anduvo y mucha creyó que debía ser la paciencia del público. ¡Pobre muger!

Poco antes de principiar la funcion se anunció á los concurrentes que repentinamente indispuerto *Mirals*, se encargaría de desempeñar la parte de *Ricardo*, *Salas*. Ciertamente este aviso fué muy poco esplicito pues debió hacer notar la circunstancia de que el segundo jamás habia cantado tal papel ni tenia de él otro conocimiento que el que todo profesor tiene siempre de las óperas que ha leído y visto ejecutar. Ciertamente tambien que se necesita inteligencia música no vulgar para apreciar debidamente la dificultad y riesgo de lo que *Salas* con la conciencia de su talento se arrojaba á hacer. Pero estas dos circunstancias no bastan á explicar la especie de frio descontento con que le recibió el público; puesto que no nos es dado concebir que haya entre las personas que concurren al teatro, algunas tan enteramente negadas que no se les alcance como se necesitan muchos grados de inteligencia, de profesion y una seguridad que solo tienen pocos de entre los verdaderos artistas, para lanzarse como se lanzó *Salas* á acometer una atrevida empresa y para darla cima con tal felicidad. Sentimos decirlo porque no favorece mucho á nuestra cultura; en cualquier teatro lírico de los que en Europa figuran, hubiera *Salas* cimentado la noche del miércoles último una alta reputacion y logrado aplausos de entusiasmo.

Fuera de este incidente tuvo el público muchísima razón en mostrar su cólera á todos los que desempeñaron la ópera. Ya hemos hablado de Elvira y debe agradecerlos que no hablemos mas. *Genero* estuvo verdaderamente desatentado y no volvió en su acuerdo hasta el duo del tercer acto que cantó solo de modo que mereció aplausos. La desgraciada tentativa que hizo en el final buscando un sobreguido que no halló, le estorbó lograr mayores aplausos que los que el público le dió por vía de consuelo. Los demás cantantes hicieron lo que pudieron y el conjunto salió mal.

Ahora bien; ¿porqué se ha consentido salir á cantar como *prima donna* á doña *Carlota Villó*? He aquí porque echando la culpa á la concurrencia no podemos disculpar á la empresa, y porque nos quejamos al principio de nuestro modo de ver las cosas.

El jueves se dió en el *Príncipe* una larguísima función compuesta de los *Primeros amores*, la *Redoma encantada*, *himno patriótico*, el baile *Marcos Bomba* y no recordamos si alguna otra cosa. Nosotros nos salimos á las doce y un buen pico, y todavía quedaba el rabo por desollar. Por lo demás la concurrencia fue brillantísima y las dos augustas Niñas parecían hallarse muy divertidas.

De novedades teatrales diremos solo que se preparan *le Nozze di Figaro* ópera de *Ricci* que nos han alabado mucho, y sabemos que se ha presentado á la empresa la *Conjuración de Venecia* ópera original de don Ventura Sanchez de Madrid, que tuvo en Cadiz mucho éxito siendo coronado el autor.

Chismografía madrileña.

EL PRIMERO DE NOVIEMBRE.

A los santos penitentes
Lamentando desaciertos
Se encomiendan reverentes
Con *gaudeamus* los vivientes,
Y con *responsos* los muertos.

Cada cosa á su tiempo y los nabos en adviento, dice un antiguo refrán castellano, de irrecusable autoridad por la legitimidad de su origen, la verdad que encierra y las numerosas comprobaciones con que diariamente se acredita. El orden de las cosas sufre una rigurosa alternativa que reconocida por costumbre llega á respetarse como ley; de forma que nadie osaría trastornarle sin faltar al sistema admitido, decretado por el capricho y san-

cionado por la imitación, hallando el castigo en su mismo atentado; porque no gozaria de las satisfacciones que arrastra consigo una distracción esperada y aplazada de una para otra época. Turriones, y cascajo por nochebuena, menudos y máscaras por carnaval, cuajada por pascua florida, frasquetes y campanillas por san Isidro, berbenas y jaleos por san Antonio, san Juan y san Pedro, pisotones y tiestos de albahaca por la virgen del Carmen, melocotones y trastos viejos por ferias, y buñuelos, puches y cementerios por los Santos; ¿no son los principales objetos que en Madrid suspenden la imaginación y es recuerdan sin cesar deseando su arribo sin meditar que en este mismo deseo llevamos envuelto el de apresurarnos el término siempre corto de nuestra existencia? Pero sepáremos de semejantes reflexiones, pues si el transcurso de los tiempos no ha podido conducir por otro carril á los mortales, menos conseguiríamos nosotros si entrásemos á combatirle con chismográficas observaciones. Y cátenos vd. en el día primero de noviembre: día de todos los santos: de conmemoración en vísperas por los difuntos, y de gastrónomos entretenimientos y larga broma en que ha degenerado, para los vivos, la antiquísima costumbre de halagar el paladar despues de los rezos, con engrudo y masa frita: día destinado á consagrar un recuerdo mas solemne á la memoria de nuestros padres, deudos y amigos; y día en que por el precepto que el hábito dictó vemos aparecer á las puertas de los cementerios, á la remilgada dama, á la impertinente coqueta, al distraído joven y al temeroso viejo que en lo restante del año no lo hicieron por evadirse de imágenes melancólicas y por el olvido de la condena con que nacieron, que los lleva á una muerte desastrosa cuando menos pretenden recordar sus estragos, viviendo en la confianza y en los placeres. Pero no importa; hoy espíaran el crimen cometido con la indiferencia y volverán por la perdida reputación.—Y que sacrificio van á consagrarles en ofrenda?—¿Cual?... hay es una friolera: veinte responsos de á cuarto aplicados por un hambriento esclaustrado, dos cirios ardiendo ante la sepultura, una buena perolada de puches, algunas libras de buñuelos y unas cuantas lamparillas que luzcan en un plato durante la noche.

La proximidad al día de hoy dispone generalmente los ánimos para visitar estas santas casas y el mio no fué exento de tentación. Acordé pues conmigo mismo el dar principio, ocho días antes, y comunicando mi resolución á un amigo cesante que habiendo sido laborioso en una pro-

vincia cursa hoy la ociosidad en la corte, aprobó mi pensamiento rogándome muy encarecidamente que, pues ni las calles conoce, le diese plaza en mi compañía para escoltarme y que le sirviese de guía en la parte material y en la del entendimiento que por algo obtuso me asesta y mortifica con eternas preguntas y consultas.

El cementerio estramuros á la puerta de Toledo fué el primero que sometimos á nuestra visita. Salimos pues una tarde, lo mas pronto que nos fué posible, y despues de bregar con el fatal camino, al que sin duda no alcanzan las buenas reglas de policía por la confianza de que los numerosos habitantes de aquella cercada plaza no reclamen, llegamos no sin cansarnos del paso redoblado y apresurada conversacion.—¿Pero y á qué conduce esta escensiva distancia, dijo mi amigo recorriendo con su vista el largo espacio que nos separaba de las cercas de la capital?—¿A qué? esto sirve, le contesté, para colocarnos donde los miasmas no puedan sernos nocivos.—¡Nocivos! exclamó, soltando una reverendísima carcajada ¡nocivos! cuando no hay lunes ni martes, como decirse suele, que no advierta en las calles de la corte animales muertos y derribos de edificios convertidos en estensos comunes.—Eso es salirse fuera del tiesto, amigo don Trifon que este era su nombre; degémonos de exámenes que incumben solo á nuestro olfato por aquello de *peor es meneallo*, y entremos en la mansion del silencio.

—Aquí tiene vd. continué, el mas espacioso Campo Santo de los de la capital, y en él delineada la forma que con alguna que otra innovacion llevan los demas, la soledad le hace mas grato á los ojos del filósofo, contemplando en él lo poco que puede prometerse el hombre del parentesco, de la amistad y de los lazos que pasan por indisolubles en el bullicio del gran mundo: un castillo formidable ocupado de los mas fieros enemigos, no alejaria al transeunte de sus muros á la distancia que le separa esta pacífica é inanimada poblacion: el erguido magnate, el presuntuoso aúlico, la bella de la sociedad y el elegante de alto tono, no pisan jamás sus umbrales por creerse infectados y obligados á pensar un solo momento en el terrible fin que los espera: ellos ven desaparecer los objetos de su fingido cariño y de su amor superficial; los entregan con sangre fria en las manos de un enterrador impasible que cubre sus restos no con el deseo de conservarlos, sino con el de evitar la corrupcion: despues nadie los llora, nadie contempla la losa que sustrae de la vista sus cenizas, y acompañados de murciélagos y melancólicos

bubos, no merecen de los suyos sino una visita anual debida mas bien á la costumbre, que á un tierno recuerdo.

En este sitio no tienen lugar las sentidas inscripciones, el pavimento entapizado de olorosas flores, ni los monumentos particulares y de diferentes gustos que en otros paises se consagran á la memoria de los hombres, convirtiendo en un jardin y museo de curiosidades su última y perpetua morada porque todo se reduce á enterrar como en anaquelaria al que mas paga, y como en sótano al que paga menos; y á señalar su sepultura con su nombre, apellido, años, meses y días de existencia que disfrutó y el consabido *Aquí yace con su requiescat in pace al fin*.

—¿Y en que punto, preguntó don Trifon se encuentran los restos de los hombres célebres que ilustrando las letras dieron honor á su patria?—Perdone vd. por Dios amigo, que eso es pedir imposibles. ¿Distincion queria vd. en ellos?—Si señor, ¿y en eso qué hay de extraño? Las cenizas de tan esclarecidos varones he oido decir que son propiedad nacional, y este seguramente es el motivo de mi duda.—Pues, señor mio, nada de eso es cierto, porque vd. mismo conoce que en otros tiempos hubiera tenido vergüenza de declararse acreedora esa misma nacion que veia morir á sus hijos en la indigencia. Cervantes, el ingenio celestial fué comprendido en el número de estos tristes: sus restos se colocaron en el convento de las antiguas Trinitarias y la ingratitud toleró despues su extravío. El fenix Lope de Vega, murió en esta misma villa que le vió nacer, y su cadáver se asegura que ya no existe en la mezquina y oscura bóveda de san Sebastian en que se sepultó. El ingenioso Montalvan, tambien hijo de Madrid, desapareció con los escombros de la iglesia de san Miguel, y el príncipe de los poetas cómicos Calderon de la Barca, oráculo de la corte su patria, sufriría tal vez la misma suerte en la actual demolicion de la parroquia del Salvador, si el patriotismo de tres particulares nose hubiese interpuesto para salvarle del naufragio.

—¿Pues qué significan aquellos huecos mas decorados con lápidas y de mayor localidad?—Aquellos, señor don Trifon, pertenecen al dinero, que en esa parte la igualdad está aquí bien comprendida. En 461 reales un nicho, y en doble poco mas ó menos un panteon, se alquilan por cuatro años; y en 8000 reales los primeros y de 16 á 20000 los segundos se conceden perpetuos, sin cuya circunstancia ó la de las prórrogas, no se libraria el mismo

Poncio Pilatos de que finalizado el término se estragesen sus huesos para el hoyo general de *miser cordia* donde en poco mas de dos años se ha dado sepultura á unos siete mil cadáveres pobres de todos sexos y edades. Los puestos elevados en la sociedad, los servicios prestados á la patria, y el mérito sublime en literatura, ciencias ó artes, ninguna influencia tienen para perpetuar los restos humanos en estas celdas. La tarifa es terminante, los encargados celosos, la igualdad singular y los triunfos oros.

Con mis últimas palabras quedé mi acompañante pensativo, é inadvertidamente se alejó de mí taciturno y cabizbajo, mientras yo leía unas rotulaciones, pero cual me sorprendí al verle venir presuroso y despavorido.—Amigo, me dijo, no extraño ya nada de cuanto vd. me refiera: la justicia ha perecido, ¡tristes de nosotros, pues todos debemos temerlo faltándonos semejante egida!—¿Está vd. loco?—No señor, sino muy cuerdo: la justicia está enterrada en esta casa, y por cierto que debió de ser bien escasa cuando pudo acomodarse en un nicho.

Absorto de oír á don Trifon de cuya firmeza de cerebro empezaba ya á recelar, seguí sus pasos hasta que él los detuvo diciéndome.—Aquí está: veala vd.; y efectivamente á su instancia leí en el nicho número 86, una rotulacion que decia:

Don Luís
María París,
Y la justicia.

—¿Está vd. satisfecho? Desengañese por sí mismo, hombre incrédulo, y convénzase de la verdad de mi observacion. Aquí la tiene vd. y por mas señas que ni aun para el otro mundo se atrevió á marchar sola.

La oracion que se acercaba y la soledad del sitio unida á la inseguridad del camino, nos hicieron conocer que debiamos regresar á nuestras casas lo cual pusimos por obra y terminamos felizmente. Al inmediato día revistamos el cementerio de la puerta de Bilbao en el que hallamos, poco mas ó menos, lo mismo que en el de la de Toledo, elogiando sin embargo la arquitectura de aquella magnífica capilla obra del inmortal Villanueva, cuyo aspecto impone desde la mas larga distancia.

Hoy día de los santos hemos convenido en visitar el elegante cementerio propio de los individuos de la sacramental de san Nicolás, estramuros de la puerta de Atocha, de donde sé muy bien que mi amigo saldrá mas complacido. Allí no acompaña la funesta idea del diario *trasiego* de

muertos de unas y otras localidades: la tierra no se estremece bajo la planta haciendo acaso crugir las cajas y los humanos huesos, y las familias, cualquiera que sea la desgracia á que hayan llegado, pueden acercarse al sepulcro de sus parientes sin temor de no hallarlos. Estas ventajas comunes á todos los cementerios de particulares corporaciones que los construyeron á sus espensas, son merecedores de la especial proteccion del gobierno para libertarlos del oneroso pago de contribuciones, á la Visita eclesiástica, que están en contradiccion con la libertad que debe acompañar al hombre para disponer de sí aun despues de sus dias.

De regreso de nuestro paseo juntaremos las familias y prevenido de antemano un atimbalado perol de puches, y un magnífico barreno de amazacotados buñuelos, cenaremos y bailaremos; encomendaremos á Dios al recogerlos á los difuntos; rezaremos en comunidad un responso segun costumbre por el primero que falte de los concurrentes, y pondremos por fin en un plato, tantas lamparillas como ánimas de nuestro aprecio tengamos en el otro mundo.

El Fisgon.

LOS AMIGOS.

«La amistad es un engaño: por eso se cubre con la máscara de la hipocresía.»

L' Hermite de la chaussée d' Antin.

Todos nos quejamos á voz en grito de las pocas virtudes del siglo en que vivimos; todos llamamos á los demas egoistas, infames é hipócritas, sin dársenos mucho porque los demas nos regalen las mismas ó peores calificaciones. ¿Qué quiere decir esto? Que no hay siquiera en que escoger; que tan buenos somos unos como otros; que todos pertenecemos, unos algo mas, otros algo menos á ese siglo que llamamos con injusticia poco virtuoso, como si los pasados hubieran sido mucho mejores en este punto.

Y con efecto, si preguntamos á los pocos hombres que pueden dar alguna razon del siglo décimo octavo, las virtudes que en él se practicaban, tendremos la satisfaccion de saber, que nadie se escusaba de ir á misa los domingos y fiestas de guardar, que asistían á procesiones y á vísperas, y que muy contadas eran las familias que no rezaban el rosario por la noche. ¿Qué quiere decir esto? Vuelvo yo

á preguntar. Que las tan decantadas virtudes de nuestros inmediatos mayores estaban reducidas á prácticas exteriores de devoción, hijas no sé si del fanatismo, ó del temor á las persecuciones inquisitoriales, ó de la costumbre, ó de estas tres cosas juntas. ¿Pero se daba en aquel tiempo una puñalada al pobre viagero que iba por un camino sin meterse con nadie? ¿Se le robaba? ¿Había entonces petardistas? ¿Había mugeres fáciles y maridos buenos? ¿Gentes que pedían prestado y nunca pagaban? ¿Hombres que jugaban lo suyo y lo ageno? Si esto se quisiese averiguar no hay mas que tener presente el número de cárceles y presidios que debemos á los siglos pasados, no precisamente al pasado, y haciéndoles bastante favor, convendremos en que, como dije antes hablando de nosotros, entre Juan y Pedro poco hay que escoger.

De aquí nace que hoy nos reímos ya del *cuando yo era joven*, de nuestros viejos, porque estamos al cabo de lo que sucedía cuando nuestros viejos eran jóvenes, pues hemos crecido lo suficiente para sacar la consecuencia de lo que hacían por lo que nos han dejado; y además no somos tan torpes los de este siglo que alguna vez no hayamos consultado la historia, siquiera para pasar el rato fastidiándonos, por no fastidiarnos en estudiarla.

Es preciso pues deducir de todo lo dicho que entre nosotros pululan hombres interesados en desacreditar el siglo actual por no verse ellos mismos desacreditados, y hé aquí, en mi concepto la poderosa razón de esas diatribas contra el siglo.—«La vida es una desgracia, esclama uno enfáticamente: el mundo me trata con desprecio, á mí, hombre de mérito... el mundo no me ha comprendido.—Y porque le ha comprendido demasiado le trata como le trata.—¿Qué es la buena fé? esclama, otro; un escalon que conduce á la desgracia: heme aquí infeliz, sin recursos, sin tener con que hacerme un pantalon, muerto de hambre: en este siglo no hay virtudes; solo hay egoismo.—El que así se lamenta ha engañado ya á veinte sastres, ha abusado de la buena fé de sus favorecedores veinte veces, y está pronto á renegar cien de sus opiniones y hasta de sus padres. El siglo pues es justo con esta clase de hombres, los deshecha por perjudiciales cuando ellos se creen abandonados y esta es la ventaja que nuestro siglo ha alcanzado sobre los otros; fallar sin apelacion; repeler de su seno á los que mire como enemigos; tener menos hipocresía.

Entre las quejas que ordinariamente

nos aquejan, merecen distinguido lugar las que nos ocasionan los amigos. No parece sino que todos somos unos *Pilades* al oírnos declamar contra la ingratitud de aquellos: porque, vamos claros, ¿quien es el que no tiene, ó no ha tenido, ó no ha pensado tener un amigo en este mundo? Y aunque todos creen comprender bien el significado de esta palabra, con todo hay casos especiales en que le damos una latitud tan arbitraria, que confundimos el nombre particular con el genérico, resultando de aquí lo mismo que en otras cosas nuestras, que á veces no nos entendemos.

Amigo es aquel que nos saca de un apuro, aquel que nos ama, aunque no haya podido hacer nada en favor nuestro, y aquel que nos saluda en la calle. Con perdón de *Voltaire* que estudió tanto esta materia como las costumbres de España, y aunque él otras veces exacto Jouy dice que la definición de aquel es la mas exacta bajo cuyo punto de vista puede considerarse la amistad, creo que mis lectores preferirán como verdadera la que yo les ofrezco. Y sino, vamos á cuentas.

Don Braulio Quiñones de Rufianes tenía una muger que todos reputaban por hermosa, y aun añaden que ella no ignoraba que lo era. En las mugeres desde la vanidad hasta la perdición la distancia es bastante corta, cosa que conocen muy bien los amigos de los maridos como don Braulio. Habíase este casado enamorado y pobre, grande escollo para la virtud de las mugeres como Serafina, y el primer año y aun el siguiente se pasó comiendo lo poco, que nunca falta á los matrimonios mas infelices en su primera época; es decir que se fueron vendiendo poco á poco, primero las sillas, despues los colchones y por último los chismes de cocina. El argumento era claro, pues no teniendo que comer, estos venían á ser inútiles de todo punto. Al tercer año hubo ya un niño hermoso como su madre, y un tanto menos sufrido que su padre, el cual no sabía á que santo encomendarse para remediar su mala suerte, al paso que era preciso bautizar la criatura, alimentarla y cubrir sus carnicitas, del mejor modo que se pudiese, es cierto, pero que no dejaba de ser algun modo, y sabido es que don Braulio no tenía ninguno ni bueno ni malo.

En este estado dejó á la pobre familia hace seis meses en un pueblecito de Andalucía, y no fué poca mi sorpresa, cuando días pasados, pasando casualmente por la calle de *Carretas* encontré á la amable Serafina, á quien daba el brazo un caballero, de estos que gastan por cuenta de

quien corresponda. Dudé al principio, porque el rico vestido de raso, el velo francés echado con elegancia, y la tintura de buen tono, único adorno que en Madrid distingue á las señoras de las que lo parecen, eran sobrados motivos para hacerme desconfiar de que fuese la misma; pero un saludo de protección con que la dama fingió contestar á la profunda reverencia que la hice, para asegurarme, disipó mis dudas.—¿Cómo se ha verificado este repentino cambio? ¿Habrá muerto don Braulio? Sin duda su esposa le ha llorado poco, y ha jugado un segundo albur para remediar las quebras del primero. Tales eran mis reflexiones cuando me sentí estrechado por un hombre, en quien reconocí al bueno del marido, que yo juzgaba enterrado.—Andresillo, me dijo, tengo que darte estupendas noticias; mi suerte ha variado como por encanto, y aquí me tienes hecho un hombre, que, gracias á Dios de nada carece.—Le ha tocado á vd. la lotería.—No por cierto.—¿Le han concedido á vd. alguu destino?—Tampoco.—Pues que yo sepa no ha hecho vd. ningún viage á la Habana de donde diz que todos vuelven millonarios.—No, querido; mi viage se ha reducido á venir de mi pueblo á la corte.—¿Pues qué ganga se ha encontrado vd.? ¿Quien ha obrado semejante prodigio?—¿Quien? Un amigo.—¿Un amigo! ¿Es por ventura el sujeto que acaba de pasar por aquí dando el brazo á Serafina?—Regularmente.—Ya.—Ese, ese es mi ángel tutelar, mi protector, mi... en una palabra, mi amigo. ¡Si supieras de qué apuros me ha sacado! ¡Con decirte que se lo debo todo! ¡Oh! Y á Serafina la aprecia... vamos, es por demás. Lo que es yo, pocas veces la acompaño, porque como aquí no se estila... y luego está tan mal visto que los maridos anden al rabo de sus mugeres; pero mi protector, mi amigo se ha encargado de llevarla á todas partes, y no es este el menor favor que le debo. Conque, hasta otro rato, voy á sacar dos billetes del *Circo* para esta noche.—¿Va vd. á ver á Auriol?—No; pero van Serafina y mi amigo.—¿Tonto de capirote! dígame para mí sayo: ¿quién es capaz de desengañarte, cuando así te contemplas feliz? ¿cuando tienes un amigo que te saca de apuros?

El amigo que nos ama es el mas abundante de todos: por todas partes tropieza uno con él, es el tipo de los verdaderos amigos. Se arrima á estos cuando se vé desgraciado; se lamenta de no poderles ser útil; pero tiene esperanzas, porque cierta *influencia poderosa* se ha interesado por él, y cuando le sople el viento en popa, soplará también para sus amigos.

Ni ¿como pudiera tenerse él por dichoso, siendo ellos desgraciados? Sus amigos le ofrecen dinero para sus necesidades, y él le acepta sin escrúpulo, porque, como dice muy bien, entre los amigos todos los bienes deben ser comunes. A pesar de esto, sucede que mañana, por efecto de alguna carambola, consigue una intendencia, ó cuando menos una administración: en tonces ya es otra cosa; todo ha cambiado para él; respira otra atmósfera distinta. Ya no visita á sus amigos, los evita, si puede, y sino, siempre tiene á la mano las graves ocupaciones de su destino, que no le dejan un momento libre, la pension de visitar al Director ó al Ministro, y otras salidas con que les tapa la boca.

Este es el amigo protestas, el amigo buenas palabras, el amigo disculpas: siempre tiene la risa en los labios y es deliciosa su conversacion: promete y no cumple; asegura eterna amistad á poco que se le trate; aprieta la mano y brinda protección á todo el mundo y, á juzgar por sus extremos ama verdaderamente á sus amigos. Sucede que uno de estos le cansa una vez; vá á su casa y le espone el motivo de su visita, rogándole que se acuerde de él para tal plaza vacante. En tal compromiso, el hombre de la amistad, baja la cabeza, medita un rato, se rasca la oreja, y dice á media voz: ¡hay tantos pretendientes! Y lo peor es que son personas llenas de méritos: con todo yo deseo hacer algo en favor de vd. y aunque al presente no puedo darle esperanzas positivas... veremos si mas adelante... enfin confie vd. en mí... sabe que soy suyo... y... vaya, presente vd. una solicitud *bien apoyada* y tráigamela la semana que viene ó la otra. Y entonces el amigo que nos ama se convierte en amigo cortesano, en amigo reticencias, en amigo falsedad.

El mas original de los amigos es aquel que saluda á derecha é izquierda, que á todos habla, que á todos conoce: este es el amigo por oficio, el amigo cortesias. Nunca está triste, aunque á punto fijo no sabe donde irá á comer, pero esto no importa; probablemente comerá allí donde le coja la hora. Su obligacion está reducida á estirarse por la tarde para coquetear en la calle ó en el *Prado*: por lo regular se pasea solo y tiene especial cuidado de no entrar en el *Salon*: su puesto favorito es *Paris*. Y no se crea por eso que él se considera solo; al contrario, está con todos supuesto que se sonríe cuando pasa cualquiera por su lado, y que á todos dirige afectuosos saludos, campeando entre los mas elegantes por su amabilidad y franqueza. —«Adios, duque; buenas tardes,

marquesita; salud, poeta, son sus espresiones; y siempre sigue su paseo, con la cabeza erguida y el paso un tanto apresurado. En las tertulias es donde el amigo cortesías se halla como en su centro. Como nadie sabe quien es, y ha sido presentado por un sugeto de circunstancias que tampoco le conoce, ó se ha presentado á sí mismo, pasa por lo que quiere, porque hable de todas materias y en todas decide: la música, la poesía, la moda, todo pasa por sus labios como exhalacion: baila y canta regularmente, compone una décima á los ojos de la señora de la casa ó á los de su hija si la tiene, y se despide haciendo piruetas. Al dia siguiente encuentra á uno en la calle y le espeta un abrazo con riesgo de reventarle. — Caballero, dice el abrazado, no tengo el honor de conocer á vd. — ¡Como! ¿Ya me ha olvidado vd. tan pronto? Vd. debe llamarse... — Ambrosio para servir á vd. — Don Ambrosio, pues, el mismo: vd. estuvo anoche conmigo en la tertulia de la condesa de... — Hombre, no: vd. se ha equivocado. — No, no señor, no me he equivocado, estoy seguro de lo que digo; yo no me equivoco nunca. — Le aseguro á vd. bajo mi palabra que jamas he puestas los pies en esa casa. — ¡Ah! Eso es otra cosa; si vd. tiene motivos particulares para negarlo, ya callo: pero no hay cuidado; por mi no se sabrá. Con que, adios; hasta otro rato; ya sabe vd. que siempre hesido y soy un verdadero amigo: vaya, adios, ya nos veremos por ahí.

Este amigo fastidia, pero no daña; sofoca, pero hace reir. Es el amigo chinche, el amigo adulacion, el amigo superficialidad.

Otros hay, cuyas inclinaciones y manías varían hasta lo infinito, pero todos deben considerarse como especies de las tres familias indicadas: sus caracteres serán, si se quiere, mas pronunciados; extenderán sus ramificaciones unos con otros con arreglo á las necesidades ó exigencias de la sociedad que los sostiene, pero, por muchas vueltas que demos al asunto, por muchas reflexiones que nos suministrel siempre vendremos á parar en que el amigo que nos ama, el que nos favorece y el que nos saluda, son el complemento de la amistad que el cielo nos ha concedido, desde que hemos ido olvidando las fábulas de Niso y Euríalo, de Teseo y Piríto, y de Pilades y Orestes.

El amigo puñalada y el amigo vicio son excepciones de la regla general.

Andresillo.

UNA MEDIA DE SEDA.

Algunos años despues de la muerte de

Luis XV pasaba la vida retirada en su castillo de Luciennes la bellísima condesa de Dubarry, brillando por su talento y sus encantos en el centro de una escogida reunion, de la cual hacian parte los hombres mas celebrados de la época.

Una tarde, hacia el fin del otoño, sola en su retrete y lánguidamente recostada en un sofá, se distraía mirando como se adelantaba el minuterio de su reloj; estaba triste, y la lluvia que caía á torrentes daba mayor incremento á su melancolía. Pensaba... y lo pasado acudía á recrear su imaginacion con recuerdos mas alhagüenos que lo presente.

La llegada de Genoveva, una de sus doncellas, interrumpió sus cavilaciones.

— «No te he llamado, la dijo con mal humor.

— «Deseaba hablar con vos un instante, respondió Genoveva, y como sabia que os hallabais sola, he aprovechado la ocasion, pero si os molesta... Al llegar aquí hizo una reverencia para retirarse, mas la condesa la detuvo, manifestando que estaba pronta á oirla, y ella entonces se esplicó así.

— «La viuda de Roger acaba de morir, dejando por única fortuna catorce hijos, desde la edad de uno á catorce años: varias personas caritativas han recogido á los trece mas jóvenes y solo el mayor se halla abandonado... Si vierais que bien escribe! — La condesa hizo un gesto, y Genoveva continuó: — «Como os decia, el pobre muchacho tiene catorce años; es muy dócil, y sensible; tiene ademas la cara de un ángel, y si no encuentra quien le alargue una mano bienhechora, es muy fácil que se pueria en el mundo.... Si vos quisierais....

— «No puede ser; yo no puedo encargarme de él, sería mentirle una esperanza ilusoria de riquezas y de honores.... No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando arrepentida empezó á llorar, y autorizó inmediatamente á Genoveva para que recibiese al huérfano en el castillo.

Julio Roger encontró un asilo en Luciennes. Su conversacion, sus bellos ojos y la perfeccion de toda su persona, cautivaban insensiblemente. Algunos dias despues de su admision en el castillo, era ya secretario íntimo de la condesa.

Complaciase esta en hablar con él acerca de sus hermanos, y la espresion de las miradas de Mme. Dubarry contróvia fuertemente su corazon: poco tardó en conocer que el separarse de ella le costaría la vida; pues la amaba ya con todo el ardor de un joven sin experiencia. Si ella se dirigia al jardín, al jardín la seguia Julio,

si se encerraba en el gabinete, Julio la contemplaba silencioso; si se reía con alguno, suspiraba, y corrían de sus ojos lágrimas de dolor.

La condesa parecía no haber advertido hasta entonces las demostraciones de cariño que Julio la prodigaba; juzgábalas hijas del agradecimiento. Pero un suceso le abrió los ojos y se incomodó, ó fingió incomodarse, porque todas las mugeres se alegran interiormente de contar un amante mas atado al carro de sus triunfos.

Un día, despues que había llovido parte de la mañana, la condesa salió á dar un paseo por el jardin del castillo. De vuelta á éste y temiendo que la humedad la dañase se mudó las medias, y haciendo despues llamar á Julio para encargarle los preparativos de una fiesta que queria dar, se entretuvo con él un rato, despues de lo cual pasó al salon donde la esperaban visitas.

Al día siguiente, Genoveva fuera de sí, entró en el gabinete de la condesa, gritando que algun ladrón se habia introducido en el castillo, pues que habia desaparecido una media de seda. Su indignacion no tenia límites, y sin sospechas ni antecedentes, tan pronto acusaba á un criado como á otro, llegando hasta el estremo de despedir á Mina, fiel criada al particular servicio de la condesa. Julio que en aquel momento se hallaba al lado de ésta, apenas podia disimular su turbacion. Para mejor encubrirla se puso á hacer fiestas y caricias á *Sultana*, una perrita muy graciosa y favorita de Julio, porque lo era de su protectora. El animalito correspondió como siempre á sus juegos y retozos, rasgó de arriba abajo la manga de la camisa de Julio, y vió la condesa que este tenia rodeada sentimentalmente al brazo izquierdo, y á guisa de bracelete, la media de seda perdida.

Hizo una seña Mme. Dubarry á Genoveva y esta salió del gabinete. Al verse sola con Julio, se armó la condesa de la mayor severidad y le dijo.

¿Cómo! ¿Has permitido que recayesen las sospechas del robo sobre una muchacha inocente! ¿Qué debo pensar de esto?

—«Ah, señora! respondió Julio, teneis razon; pero no me castigues con vuestro enojo... Yo estaba enfermo... Tenia una inflamacion en este brazo... y... me han asegurado que un pedazo de seda es el mejor remedio... con tal que lo haya tocado antes... una persona... amada.

Mme. Dubarry prorrumpió en estrepitosas carcajadas al escuchar tan patética declaracion.

Julio continuó apasionadamente:

—«Esa media me ha dado la vida, per-

mitidme que la conserve para que me consuele de la pérdida de un bien, que jamas gozaré y cuya privacion me causará la muerte.

Las carcajadas se repitieron al cerciorarse de un amor tan platónico. En aquel momento anunció Genoveva al escritor Beaumarchais. Parecia triste ó pensativo, pues su fisonomia ofrecia un contraste singular con el semblante alegre y risueño de la condesa. Esta le dijo.

—«No os conozco hoy, amigo mio.

—«Yo si ha vos, por vuestra loca alegría.

El poeta trazaba entonces en su mente el argumento del *Matrimonio de Figaro*, y Madame Dubarry le contó su aventura.

Beaumarchais al principio indiferente á la narracion de la condesa, la escuchó al fin con el mayor interes: su semblante se reanimó y salió del castillo mas alegre que nunca: aquella aventura le habia inspirado una grande idea.

Dos días despues, Julio, poseedor de la preciosa media, recibió orden de marchar á Holanda, á llevar una carta al conde Juan... Era una especie de destierro. —«No verla mas! exclamó el infeliz jóven, como herido de un rayo... Vamos. —Y partió.

Poco tiempo despues, cuando Beaumarchais escribió el segundo acto del *Matrimonio de Figaro*, creaba la brillante escena en que la cinta, escondida en el primer acto por Querubin á la condesa de Almaviva, es hallada en su brazo por la bella madrina.

Un año habia pasado, cuando cierta noche llegaron al castillo de Luciennes varios labradores conduciendo á un jóven herido de muerte: tenia una puñalada en el pecho. La condesa, Genoveva, todos los criados acudieron á dar socorro al infeliz... ¿Cuál fué el asombro de la primera, al reconocer á Julio! Este, espirante, clavó sus ojos en los de la condesa y alargó un papel. Era la respuesta del conde Juan á la carta que ella le habia escrito. Decia el conde que ni la promesa de una fortuna brillante, ni ruegos ni amenazas, habian bastado para borrar de la imaginacion de Julio la idea que habia formado de volver al lado de Mme. Dubarry.

Verla una vez y morir! Tal habia sido su juramento en Holanda, y lo cumplió. —Arrollada al brazo izquierdo llevó al sepulcro una media de seda.—A.

CIRCO OLIMPICO. Hoy domingo 1.º del corriente á las siete de la noche se ejecutará una variada funcion, cuyos programas se hallarán de venta en la puerta de entrada al Circo, á dos cuartos cada uno.

EDITOR: DON IGNACIO BOIX.